



LA PALABRA ES LA REINA DEL MUNDO (AUT. 449)

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo que le había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, Jesús, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Se pusieron a cenar. El diablo había metido en la cabeza a Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de traicionar a Jesús. Jesús, sabiendo que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas, que había salido de Dios y que a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ceñió. Luego echó agua en un barreño y comenzó a lavar los pies de sus discípulos y a enjugárselos con la toalla que se había ceñido. Al llegar a Simón Pedro, éste le dijo: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?». Jesús le respondió: «Lo que yo hago ahora tú no lo entiendes; lo entenderás más tarde». Pedro dijo: «Jamás me lavarás los pies». Jesús le replicó: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo». Simón Pedro dijo: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dijo: «El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, pues está completamente limpio; y vosotros estáis limpios, aunque no todos». Jesús sabía muy bien quién iba a traicionarlo; por eso dijo: «No todos estáis limpios». Después de lavarles los pies, se puso el manto, se sentó de nuevo a la mesa y les dijo: «¿Entendéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis el maestro y el señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el señor y el maestro, os he lavado los pies, también vosotros os los debéis lavar unos a otros. Yo os he dado ejemplo, para que hagáis vosotros lo mismo que he hecho yo.

Jn 13 1-15.

El Memorial de Cristo.

La Palabra de Dios es la fuente primaria de nuestra espiritualidad
(Ideario 37)

VADEMECUM

COMENTARIO A LA PALABRA DOMINICAL
DESDE Y PARA LA VIVENCIA DE LOS
SEGLARES CLARETIANOS



REFLEXIONES PARA LA ALIMENTAR NUESTRA RELACIÓN CON DIOS



Había llegado la “Hora” de Jesús. “Para este momento he venido al mundo”, había dicho lleno de angustia pocos días antes (Juan 12,27). Y hacía ya tiempo que había manifestado su ardiente deseo: “Tengo que ser bautizado con un bautismo de sangre, ¡y qué angustiado estoy hasta que se cumpla!” (Lucas 12,50). Ahora que lo tiene todo encima, empieza aquella Cena misteriosa con estas palabras conmovedoras y llenas de emoción: “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (Lucas 22,15)

Jesús es el jefe que preside la celebración. Como Jefe del grupo, a Él le tocó presentar los panes sin levadura y pronunciar sobre ellos la plegaria tradicional: “Alabado seas, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que has hecho nacer de la tierra este pan”. Y lo alargaba a los comensales que lo comían gozosos. Pero Jesús, improvisadamente, añadió unas palabras inesperadas del todo: “Tomen, coman, que esto es mi cuerpo”.

Siguió la cena. Jesús y los Doce consumieron del todo el cordeo asado, y vino la tercera copa, la llamada Copa de Bendición. Pero al alargales Jesús aquel cáliz, muchas veces adornado con guirnalda de flores, pronunció otras palabras tan misteriosas como las dichas sobre el pan ázimo: “Tengan, beban, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que va a ser derramada por todos en remisión de los pecados”.

Desde este momento de la Última Cena, es con la que se inicia el Misterio Pascual de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, todo es nuevo y todo es definitivo. ¿Hasta cuándo? Hasta que se cumpla de una manera completa en el Reino de Dios, Reino glorificado al final de los tiempos. Así como el antiguo Israel celebraba su pascua con la esperanza del reinado que iba a instaurar en el mundo el Cristo prometido, así la Iglesia, instaurado por Cristo ese Reino de Dios, no espera sino la realización plena, total, del Reino de Dios en la gloria futura, donde “Dios será todo en todos” (1Corintios 15,28)

Hasta que llegue ese día de la glorificación final, la Iglesia, con esperanza cierta, gritará siempre con las últimas palabras de la Biblia: “¡Ven, Señor Jesús!”. Palabras repetidas con significado particular en la Misa dominical, cuando todo el pueblo de Dios manifiesta y profesa su fe con la esperanza firme de entrar un día en el descanso de Dios, en el Domingo eterno que ya no tendrá fin.
(de Pedro García cmf)